

## La Muerte despistada

Serafín Sierro

**09:58:00 a.m.** El personaje de negro insiste tanto en su llamada a la puerta **A**, que hace activar las mirillas de las restantes puertas del rellano del 7º piso con el inevitable análisis de la identidad del visitante: delgado, cara demacrada y cansina, como de quien ha hecho muchas visitas como la de hoy; tiene la pinta de ser un funcionario.

-¡Ya va, ya va! – contestan, al tiempo que suena la apertura de un cerrojo y dos vueltas de llave de una cerradura. Se entreabre la puerta con la cadena puesta, mostrando media cara desconfiada.

-¿José Pérez García? –interpela el de negro.

-Sí ¿Qué desea?

-Se aproxima tu hora –dice el de fuera mirando su reloj con la alarma puesta a las 10:00:00 a.m.

-¿La hora de qué? ¿Quién es Vd.?

-La hora de entregarme tu último suspiro. Aquí tienes mi tarjeta.

José, sin cogerla, (sigue desconfiando) lee, blanco sobre negro, con un guadaña dorada como anagrama:” *La Muerte, alias la Parca, la Flaca, la Pelona, la Huesuda –Traslados definitivos*”. Un escalofrío le recorre todos sus huesos. La cosa es seria. La Parca no bromea. Como cualquier bicho viviente sacó a relucir el instinto de supervivencia e intentó ganar tiempo:

-A mí nadie me ha dicho nada – protestó, y enseguida se dio cuenta de la sandez expresada, ya que la Huesuda no avisa de su llegada. Y probó con algo más estúpido si cabe:

-Supongo que traerá una orden.

Y ante su sorpresa, junto a La Parca apareció otro personaje exacto a ella (era la misma Parca que se desdoblaba en función de los diferentes papeles que asumía, en este caso el de funcionario judicial: “*Parca desdoblada Judicial*” o, abreviado, “*P.d.Judicial*”), con un legajo que contenía el protocolo de la actuación que estaban llevando a cabo. Se lo mostraron tan rápido que sólo entrevió en uno de los papeles la silueta que marcaba la posición del cuerpo y el lugar exacto del óbito: delante de la puerta, en el rellano. Y él estaba por dentro. Cerró con un portazo y corrió hacia el interior del piso para alejarse de la puerta y entorpecer el plan de la Huesuda. ¡Vano intento! La Parca lo tenía todo

controlado: se desdobló en la “*P.d.Ferretera*” que abrió en un santiamén la puerta, y en dos “*P.d.Guardas*” que le echaron el guante con cinco zancadas.

**09:59:59 a.m.** José está en el suelo colocado en el interior de la silueta que marca el protocolo, inmovilizado por las cuatro “*Parcas desdobladas*“. En un segundo le dará el ataque al corazón, motivo previsto en la actuación, y quedará cerrado el expediente.

**10:00:00 a.m.** No pasa nada.

**10:00:05 a.m.** Sorpresa en el rellano. ¿Ha fallado el protocolo? ¡Es imposible! Está en juego la puntualidad de la Muerte, su seriedad. Se impone un rápido punteo de la lista de actuaciones. Aparecen desdobladas la “*P.d.Repasadora*”, con la conclusión de que todo se ha hecho O.K., y la “*P.d.Relojera*”, renegando de los relojes modernos (lo suyo son los de arena), pero dando el visto bueno a la exactitud del que se ha utilizado. No puede por menos que justificarse levantando la voz:

-¡El reloj funciona bien, eran las diez en punto!

De una de las puertas del rellano, una de las vecinas, la señora Isabela, que está espiado lo que le sucede al de la puerta A, no puede evitar corregir a la “*P.d.Relojera*” y le contesta:

-¡Son las 9, que han cambiado la hora esta madrugada!

Las seis “*Parcas desdobladas*” y la Huesuda se miran atónitas por no haber previsto algo tan elemental, y relajan la atención sobre José, que sin pensárselo dos veces corre al ascensor para poner tierra de por medio en la hora de vida que se ha encontrado por tan burdo error. Pero antes de que se cierre la puerta del ascensor aparece la “*P.d.Ascensorista*” que lo deja fuera de servicio y de un empujón envía al fugitivo, atravesando el rellano, directamente a su piso.

Encontrada la explicación, la Parca recobra el control de la situación, y, una vez actualizada la hora en su reloj, decide que en la hora que falta se controle a la víctima en la sala de estar.

**09:08:00 a.m. (hora actualizada).** En el sofá de cuatro plazas José ocupa el asiento centro izquierda; los tres restantes son invadidos por las siete “*P.d.*”. Tanto traje negro produce sensación de penumbra en la sala. La Parca pasea concentrada por todo el piso, no quiere más sorpresas.

-¿Puedo ir al lavabo? -Rompe el oscuro y frío silencio que impera en la Sala el custodiado. Siete acompasados cabezazos afirmativos le autorizan. Mientras el sentenciado se alivia de sus sobras corporales, la Pelona pasa por la Sala y no lo ve. Le informan de que el mortal ha ido a aliviarse al WC, solo. Aunque hay una ventana en el lavabo, no puede escapar, están en un 7º piso.

-Pero si se cae –dice la Parca- morirá en la calle, y no en la puerta del piso según el protocolo.

Al momento aparecen dos desdobladas nuevas, las “*P.d.Antidespiste*”, que traen en volandas a la víctima, a la que no le han dado ni tiempo a subirse los pantalones.

**09:30:00 a.m.** Suena el timbre de la puerta. Nueve cabezas “*P.d.*” se añaden a la de la Parca en un giro sincronizado y expectante en dirección al origen del sonido. Abre la Parca y se cuelga hasta la sala de estar la señora Isabela, 83 años, vecina de la puerta B; se mueve como si estuviera en su casa. Saluda a la concurrencia y se sienta en una silla, después de intentar meter su posadera en el sofá y comprobar que no cabe, y que nadie le cede sitio.

-¡Pepe, cariño! ¡Vaya jaleo que tienes montado! -le susurra acercando la silla hasta tocarle las rodillas- Iba a bajar a por el pan y me he encontrado en el rellano con Petri, que me ha preguntado qué pasa que no funciona el ascensor. Yo le he dicho que lo ha estropeado uno de tus visitantes. Y que por lo que he escuchado tras la puerta, estás en manos de una mafia que hacen apuestas de cuando se va a morir la gente. Y que tú has apostado que no te mueres a las diez en punto. Pepe, esta gente no me gusta un pelo, y seguro que te harán algo para que pierdas la apuesta. Por si acaso he venido a darte el pésame en vivo, porque marchó y estaré fuera dos días. -Y subiendo la voz-: Me voy que he dejado la bañera llenándose. Pon la Tele, que distrae mucho.

Vuelve el silencio a ser el fondo de los pasos de la Parca. El aburrimiento reina en la sala.

**09:48:00 a.m.** Suena nuevamente el timbre. Tres veces, porque la Parca estaba lejos de la puerta. Es la Isabela, que cuando le abren entra y se sienta en la silla que había ocupado antes.

-¡Ya se dice que el que no tiene memoria tiene que tener piernas! Te voy a coger un litro de leche de la nevera. ¡Ah cariño, -dice retomando el tono de confidencia- me ha dicho mi hijo por teléfono,

que puede que no sean mafiosos! ¿No serás de alguna secta americana? –y levantando de nuevo la voz: Bueno, lo dicho antes, te acompaño en el sentimiento.

Recuperado el silencio con la marcha de la vecina, todos los ojos se clavan en el reloj de pared, que va tirando del tiempo al ritmo que impone la aguja de los segundos. Nadie se mueve.

**09:59:00 a.m.** La Parca hace una señal, y se forma la negra comitiva que ha de llevar a la puerta del piso a José, que se resiste dando patadas y puñetazos, hasta que es reducido por las “*P.d.*”. A estas alturas del Protocolo la Parca acumula un fuerte cabreo con tanto contratiempo. Finalmente echa mano al pomo de la puerta para salir, en el momento que vuelven a llamar al timbre.

-¡Seguro que es esa vieja otra vez! –dice la Pelona-¡Vamos a escarmentar a esta mezucona! ¡Démosle un susto que le dure hasta que vengamos a por ella! –Al momento se desdobra la “*P.d.Asustadora*” y aparece con el traje terrible de las grandes ocasiones: túnica con capucha de tela basta y raída, sobre esqueleto completo, descalza, los huecos de los ojos rojos de fuego, y guadaña de dos metros de altura. Abre la puerta mientras con voz ronca de ultratumba, dice:

-¿Y ahora qué...? –Se queda a media frase. No es la vieja. Delante tiene un señor con mono azul, con una bombona de butano al hombro, jadeando después de subir siete pisos sin ascensor, que mientras se abría la puerta comienza a decir:

-El butane... -no pudo acabar la frase. El susto fue de muerte. Cayó al suelo fulminado por un infarto, ocupando la silueta preparada para José. Suena la alarma del reloj de las diez. En la puerta del piso, tras la “*P.d.Asustadora*”, asomaban La Parca, Pepe y las nueve “*P.d.*” que se habían necesitado para asegurar un Protocolo equivocado.

La Parca, apaga la alarma, se agacha, mira la documentación del infartado: “José Pérez García”. Con la eficiencia fría que le caracteriza, recogió su último suspiro, y dio por cerrado el Protocolo.

-Vale que hay muchos José Pérez García, y un fallo lo puede tener cualquiera, pero ¿a mí quien me indemniza la hora que me habéis hecho pasar? –dice el del 7º A con su tocayo muerto a sus pies.

Una a una, sin despedirse, desaparecieron las “*P.d.*” con la Parca, la calavera muy alta, con una mueca triunfante porque siempre cumple, por muy retorcido que sea el recorrido que tenga que hacer.